

Reunion había obtenido muchos aplausos del público en la comedia y en la ópera cómica; y solo fue silbado una vez por haber querido representar el papel de rio, en una pieza alegórica, con un traje demasiado primitivo. M. Prudhomme, sin duda en calidad de antiguo trágico, es un volteriano; y cuando el obispo de San Dionisio visita el Museo, le llama afectada-

mente «monsieur»; pero monseñor se lo perdona, pues este pecado venial es acaso el único que comete nuestro naturalista. Sus queridos pescados ocupan todos sus momentos, y al mismo tiempo cuida él también de la conservación de las colecciones que hay en el Museo, con una solicitud verdaderamente paternal.



Negro Yambano.

II.

SAINT-PAUL.

La barca y los remeros de Désiré.—Primeros tiempos de la colonia.—La Posesion.—Mercado al aire libre.—Aves indígenas.—Mi casa.—Pléyade de poetas.—Celimena.—El doctor indio Canacapulé.—El padre Pophily.—El Bernica.—Mafatte.—Aurera.

A principios de abril me despedí de San Dionisio para dirigirme á San Pablo, antigua capital de la isla. El batelero mulato Désiré, me ofreció su barca y sus seis remeros; y yo acepté, prefiriendo la vía marítima, al menos hasta la Posesion, á la vía de tierra, mucho mas pintoresca, en verdad, pero mucho mas larga y costosa.

Al romper el día, y aprovechando la brisa, aun favorable, salté á la barca. Désiré se puso al timon,

los remeros se sentaron en sus bancos, y nos hicimos mar adentro. La vela nos sirvió en las dos terceras partes de nuestra navegacion; despues hubo necesidad de apelar á los remos. Los negros y los indios que los manejaban, rivalizaban en ardor, y se levantaban, se apoyaban con todas sus fuerzas sobre el remo y se dejaban caer. Ya navegábamos con gran celeridad, cuando apareció otra barca á popa de la nuestra. Entonces era de ver cómo los tripulantes de ambas se desafiaban reciprocamente, y se despojaban de su ropa, quedando solo con un *langutt* pendiente alrededor de la cintura. El sudor corria por todos sus miembros, y confieso que los negros que tenia cerca de mí, esparcian un olor no muy agradable. Gritos que no pertenecen á ninguna lengua, salian de todas las bocas; y algunos remeros, para escitarse, se levantaban sobre los remos y daban violentas patadas en los

costados de la barca y la hacian oscilar. La nuestra fue al fin la que llegó primero á la Posesion, aunque adelantando poco á su rival; pues mientras Désiré y sus hombres, como en tiempos antiguos los griegos en la costa de Troya, sacaban su barca á la playa, la ola que subia echó sobre el guijo la de nuestros concurrentes. Unos y otros podiamos decir que habiamos llegado al mismo tiempo, y todos quedaron

satisfechos en su amor propio. Todo fue perfectamente en la mejor de las costas posibles. El alcalde de la Posesion, que nos seguia en la barca rival, fue tambien sin duda de esta opinion, pues no nos acusó de haber puesto el pie antes que él en su dominio administrativo, faltando á las reglas de la deferencia.

Desde el cabo Bernardo á la Posesion se eleva sobre el mar como una pared una montaña de rocas ba-



Vista tomada desde las alturas de San Pablo.

sálticas, que presentan las formas mas estrañas en la parte puesta al descubierto. Por algunas partes se precipitan hilos de agua que vienen á caer en espumosas cascadas, produciendo un efecto graciosísimo. Al pie del torrente de la Gran-Chalupa está el lazareto de los emigrantes de la India. *El Torrente de la Desgracia* toma su nombre de un asesinato que allí se cometió, y no lejos está la *Roca de Martin* en medio del agua. Martin, pescador negro, habia establecido allí sus penates, y pescaba con caña dia y noche. Un día que el mar se hinchó furioso, no huyó con bastante prontitud, y una ola se lo llevó á él y á sus pescados. Tal es la leyenda que se refieren los barqueros de Désiré, cuando hace buen tiempo, y no les agovia ninguna corriente.

TOMO V.

La aldea de la Posesion, donde acababa de llegar, es de creacion bastante reciente; pero es al mismo tiempo uno de los puntos de la colonia que están habitados de mas antiguo. Sabido es que la isla de la Reunion descubierta por los portugueses á principios del siglo XVI, fue visitada en 1513 por el navegante Mascarenhas, de quien tomó su nombre despues. Segun parece, habia llevado antes el de Santa Polonia. Los portugueses no llegaron á ocuparla, y se limitaron á soltar en ella algunas cabras para que se multiplicaran, y de las cuales aun hoy se encuentran algunas en los riscos salvajes del interior.

Los franceses que se habian establecido en la costa oriental de Madagascar, al principio del siglo XVII, ocuparon la isla Mascareña, que los portugueses ha-

39

bian desechado. En 1649 M. de Flacourt, sucesor de M. Pronis, director de la Compañía francesa del Oriente, que precedió á la Compañía de las Indias, renovó solemnemente la toma de posesion, y el nombre de Mascareña fue cambiado por el de Borbon. M. Flacourt, como hábil cortesano, confiesa en sus Memorias que no supo «encontrar otro nombre que mejor cuadrara á la bondad y fertilidad de la isla, ni que mas le perteneciese.»

La Posesion es una aldea muy animada, como punto céntrico de todos los transportes que se hacen por mar á San Dionisio. Allí es donde se reunen por las noches todos los viajeros procedentes de San Pablo; y desde allí se espiden á la capital de la isla todas las hortalizas, y las gallinas, conejos y otros animales de corral que traen los negros y los indios.

Saliendo de la aldea, atravesé un mercado al aire libre junto á la carretera. Algunas pobres negras esponian á la venta, sobre un pañuelo, montones de naranjas, bananos, pistachos de tierra, mangues que saben á trementina, cocos y ates de piel verde y escamosa, llena interiormente de una especie de crema aromática. Vefanse tambien en algunos puestos, montones de lindos limoncitos verdes y jugosos, peculiares de las Seychelles y Borbon, donde se llaman limones-galletas. Todo esto estaba espuesto de cualquier manera, y sin que las mercaderes dirigiesen la menor invitacion á los transeuntes. Unas, se entregaban á la dulce negligencia criolla; es decir, que ni siquiera pensaban: otras, se arreglaban perezosamente su pañuelo alrededor de la cabeza, sin pasar el menor cuidado por su mercancía; esta, ¡horresco referens! fumaba en pipa; aquella dormía, y mas allá, en fin, saboreaba una taza de café aromático y espirituoso, cual no se toma mas que en Borbon. Una de ellas, que conoció á mi compañero de camino, de quien habia sido esclava en otro tiempo, dejó, sin embargo, su puesto, y vino á nuestro encuentro, diciendo en el dialecto criollo tan sencillo como dulce, única lengua que habla el pueblo bajo de la Reunion: «*Bonzou, noi mail, vous l'allez bien? z' affaires ici l'aller mal; mi ça va, si l'aller pas mieux.*»

Desde la Posesion hasta el límite de mi viaje, me condujo un hermoso camino, á que dan sombra en su principio el tamarindo, el palo negro, y el flamigero, árbol de brillantes flores, indígena de Madagascar. Atravesé el llano de las Guijas, y despues el rio del mismo nombre; y poco despues, al salir de una alameda de filaos, aparecieron en conjunto á mis ojos el estanque de San Pablo, la ciudad, escondida en sus jardines, y en fin, aquella magnífica y tranquila bahía que estiende su graciosa curva hasta la punta Lahoussaye. En la llanura se descubrian algunos campos de cañas y junto á ellos varios ingenios de azúcar. Desarrolladas, en curva casi paralela á la de

la bahía, las vertientes del Bernica, levantaban sus masas de basalto á la altura de mas de 1,000 pies. En las laderas de aquellas montañas crecen diversas especies tropicales, y entre otras el palo de hierro, el ébano, y el palo de estera, rival del anacardo, en cuyo follaje se guarecen las aves indígenas; tales como el pájaro-blanco, el pájaro-verde, el tectec, la griva, el mirlo, la codorniz de Borbon, y, en fin, la graciosa ave de la Virgen, tan poco tímida que se deja coger con la mano. El martin de pico amarillo, ó mirlo de Filipinas, importado en la colonia, se aproxima mas á las viviendas humanas, y muchas veces se le ve en los campos de cañas, ó en los caminos haciendo cruda guerra á las langostas. Los marines detestan la soledad, y frecuentemente se les encuentra en bandadas.

San Pablo, á donde acababa de llegar, y la Posesion, fueron los primeros sitios habitados de la isla, como lo atestiguan sus antiguas carta-pueblas.

Aquella ciudad fue además la capital de Borbon hasta 1738, época en que la Bourdonais trasladó el asiento de la administracion á San Dionisio, como mas cercana á la isla de Francia.

Pasé todo el mes de abril en San Pablo, y tuve tiempo para estudiar á mi placer aquel pintoresco *cuartel*. (En Borbon, como en Mauricio, la palabra *cuartel* reemplaza á la de comun ó canton. La isla Borbon está dividida en once cuarteles.)

Recibí en todas partes la mas amistosa acogida: mi calidad de europeo era, por lo demás, un título de recomendacion.

Mi habitacion favorita fue una casa situada en medio de un jardín, que alquilé en los alrededores de la ciudad; y, fuera de las dimensiones y el número de sus piezas, que eran mayores, me recordaba la cabaña californiana que habia ocupado dos años antes. Tambien habia mucha diferencia en el aspecto del pais; y en vez de los tristes maquis, veía en torno mio verdes bosquecillos, donde el batanero y la palmera, el granado y la vid, unian las hojas en gracioso maridaje. En cuanto al género de vida era, poco mas ó menos, el mismo: vida de aislamiento y calma. Allí, como en California, encontré el sillón de roten, donde se tiende uno frecuentemente. Yo me colocaba en postura de nabab: era rey debajo de mi techo, sorbiendo el aromático café de mi cosecha, que mi fiel mulato, Julian, me servía humeante. Un cigarro de Manila acompañaba al café; y ante las nubes vaporosas que se elevaban en torno mio, me engolfaba en dulces ilusiones, y daba rienda suelta á la *loca de la casa*. Por las noches el cielo estaba magnífico; las estrellas centelleaban en el firmamento, y no se oía el menor ruido en el espacio. Pero á veces, la voz de un negro que pasaba por el camino, linterna en mano, interrumpía el silencio; de vez en

cuando oía además á mi vecino, Montousamy el indio, dirigir á Bramah, en cánticos, las mas fervientes oraciones; y tambien solia llegar á mis oídos desde alguna cabaña cercana el ruido del tamtam, tambor de la India, que en notas siempre iguales recuerda á los malabares, acurrucados en torno del tañedor, los cantares de su lejana patria. Poéticos recuerdos que refrescándose hoy en mi memoria, me infunden el sentimiento de dias pasados con rapidez, y esplican todo el encanto y la dulce voluptuosidad de la existencia criolla.

Los primeros dias me incomodaron en el interior de mi habitacion algunos insectos de mal agüero, como escorpiones y cien-pies; pero, al fin, acabé por acostumbrarme á ellos.

San Pablo, donde planté tambien por algunas semanas mi tienda de viajero, es la patria de Parny, á que sus admiradores llaman el Tibulo francés. Allí nació Dayot, otro de los poetas desconocidos en Francia; pero muy estimado en la Reunion. Agobiado por las enfermedades desde su infancia, no conoció en este mundo mas que el dolor. El le arrancó un dia estos dos versos, en su pieza el *Mutilado*:

«Me preguntais si es inmortal el alma...
¿Dónde, si no, mi parte de ventura?»

Bertin, el elegiaco, contemporáneo y amigo de Parny, á quien se ha comparado á Propercio, tambien nació en la isla de Borbon. Y en fin, dos poetas contemporáneos, que existen hoy en París, Mr. de la Caussade y Mr. Leconte Delisle, ocupan un lugar distinguido en la pleyade criolla. ¡Isla dichosa es aquella que no solo produce café, vainilla y azúcar, sino que además se entrega al cultivo de las musas!

Si los griegos la hubieran conocido, la cantaran al par de sus afortunadas costas, y hubieran hecho nacer de ella un pueblo entero de dioses, para celebrar su fecundidad.

¿Y por qué habia yo de olvidar en la nomenclatura de los poetas, á Celimena, la Musa de las tres fuentes, como se la llama en San Pablo? Celimena, improvisa y canta además sus versos, acompañándose con el laud. Pretende descender de Parny; pero lo que ella cultiva es la sátira y no la elegía.

Destroza á mordiscos á todo el que quiere habérselas con ella, y su réplica es siempre pronta asi en prosa como en verso. Está casada con un blanco de pura sangre; con el gendarme Gaudieux, venido de Francia á las colonias, con su regimiento; y como un dia se la echase en rostro su calidad de mestiza: «Soy mulata, es cierto, respondió; pero mi marido es de raza blanca, y es sabido que el caballo ennoblece á la yegua.»

Celimena tiene un álbum, en el cual han inscrito su nombre todos los viajeros, y entre ellos los perso-

najes de la colonia mas distinguidos. Algunos han añadido á su firma alguna cita en verso ó prosa; pero las poesías de la musa criolla, cuyas rimas se cruzan como pueden, y cuyas licencias de todo género admiran al lector á cada verso, ocupan un sitio principal en esta curiosa coleccion.

La mayor parte de los versos de Celimena, están compuestos en lengua criolla, y solo tienen encanto para los oídos coloniales. Otras poesías que tiene en francés, son tan ligeras, que no pueden insertarse aquí. Conténtese, pues, el lector, como muestra, con estos cinco versos que me dirigió cierto dia á propósito del presente que la hice de un pedazo de lava volcánica:

Je te remercie, mon cher voisin,
De la roche que tu m'as envoyée;
Je vais bien la conserver:
On ne jette pas tous les matins
D'aussi jolies pierres dans mon jardin (1).

Este es su género, sin cesura, sin síncope ni alternativa regular de consonantes, y estos solo dirigidos al oído: en una palabra: ausencia de toda regla, pero mucho genio; y esto precisamente es lo que ha hecho de Celimena uno de los poetas populares mas originales de la colonia borbónica.

No es Celimena el único tipo curioso que nos ha sido dado conocer en San Pablo. Debo tambien hacer mención del médico indio Canacapulé, á quien la pródiga naturaleza ha dotado de seis dedos en cada mano. Trata todas las enfermedades con mercurio, y cree haber encontrado el medio de solidificar, á la temperatura ordinaria, este líquido tan movable, que no se congela mas que á los 39 grados bajo cero. Pero Canacapulé tiene una fe de brahman; y, en caso de necesidad, usa de subterfugios, y pretende haber solidificado el azogue, cuando ha compuesto una masa con varios simples, con los cuales mezcla aquel mineral. «Buen blanco, me decia cuando trataba yo de seguirle en sus digresiones químicas ó medicinales: vos, buen blanco.»—Esto era casi todo lo que sabia decir en francés; y como yo no sabia, ni tanto, de la lengua támara ó indostánica, aquí terminaban nuestras conversaciones ó se completaban por medio de señas, hechas con energía para que se comprendiesen mejor.

Justo es tambien conceder un sitio en esta galería de retratos, al criollo Ponphily, antiguo aduanero de San Pablo, y hoy director del correo. En memoria de los numerosos buques que visitó en otro tiempo, ha colocado en su oficina una serie de hilos bramantes pasados por poleas, verdaderos cables en miniatura. Por este medio abre y cierra las puertas

(1) Te doy gracias, mi querido vecino, por el canto que me has enviado, y conservaré con mucho gusto; pues no todas las mañanas se echan tan bonitas piedras á mi jardín.

y ventanas del templo postal, y hace subir y bajar, según procede, las tablillas que indican al público que «ha llegado el correo,» ó que «el despacho se abrirá á las dos.» El padre Ponphily, perfecto *administrador de correos*, como allí se le llama, pro-

fesa alta estimación á todos los europeos. Ha despreciado las preocupaciones criollas, casándose con una mulata, y cita con orgullo á sus ascendientes los maluinos que colonizaron el globo. Los habitantes de San Pablo dicen que es algo fastidioso; en cam-



Malabar y Cafrina.

bio, todos encuentran en él una complacencia á toda prueba; observa en el servicio la rigidez y el amor á la disciplina propios de un ex-aduanero, y proclama por todas partes su profundo respeto hácia su *gran jefe*, el gobernador de la colonia. Si fuere necesario, haría al baron Darricau los mismos honores que los indios de la América del Norte rendían antiguamente á Bas de Cuir (*Medias de Cuero*).

Los sitios merecen, en San Pablo, ser estudiados como los hombres. Cerca de la ciudad corre el Bernica, de aguas límpidas, y profundos estanques, encerrados en cortaduras verticales. El último estanque, que es también el mayor, se asemeja á un antiguo cráter.

Subiendo contra la corriente del río *des Galets* ó de los Guijos, se llega á parajes no menos grandio-



El Bernica.